

LA ÚLTIMA REINA

CARMEN
GALLARDO



Sofía de Grecia y Hannover es la última reina consorte europea de sangre real. Bisnieta, nieta, hija, esposa y madre de reyes, está emparentada con todas las casas reinantes de Europa. La niña que nació en el palacio de Tatoi fue educada para reinar y en el internado alemán de Salem le enseñaron que el sentido del deber está por encima de los sentimientos.

Carmen Gallardo ahonda en la figura de una mujer excepcional a la que le ha tocado vivir momentos duros. Con una mirada emocionada nos muestra el amor por sus padres –los reyes Pablo y Federica de Grecia–, su unión con sus hermanos Constantino e Irene, su ilusión de recién casada, la entrega por sus hijos y nietos..., pero también la tristeza de los desencuentros y la decepción de los proyectos rotos.

Un libro para acercarse a la mujer y a la reina. A la madre y a la esposa. Doña Sofía ha dedicado su vida a la Corona, a su familia y al país al que llegó en un lejano 1963. Año tras año, la reina que fue tachada de «extranjera» logró convertirse en el valor más sólido de la monarquía española.

A mis padres, Juan y Pilar.

*A Carlos Y. y a Teresa G. Manso, porque nunca
me faltaron sus palabras de ánimo.*

«La cura de todo es agua salada: sudor,
lágrimas o el mar».

ISAK DINESEN

«La fotografía es, antes que nada, un manera de
mirar. No es la mirada misma».

SUSAN SONTAG

Prólogo

Sofía de Grecia es la última reina de una estirpe, de un modelo de familias reales en las que el trono prevalece sobre la propia vida. Es la última reina consorte por la que solo corre sangre azul, por más que ella sea muy consciente de que la sangre solo es de color rojo. Me acerco al personaje de una reina para entender las claves emocionales de una mujer con una misión familiar, histórica, trascendente: defender la Corona.

Fascinación, intriga, curiosidad. Me acerco hasta ella y a su mundo, no por el brillo de las tiaras y las sedas que desprende la realeza –que también–, sí, por su irrealidad, como quien indaga sobre una especie en extinción, interesada en el halo de misterio que rodea a sus miembros o los escándalos que ocultan, buscando a los seres humanos tras los muros de palacio. Reyes y reinas, príncipes y princesas sobrevuelan, con carisma o sin él, sobre el resto de los mortales. Han sido educados para vivir en un plano diferente, parecen formados para no sentir, para no expresar en público su estado de ánimo.

Me acerco más. Desde la distancia, con la curiosidad de una etóloga, observo a esas «criaturas» que allí habitan, anacrónicas para algunos y, para otros, divinas. Pacientemente apostada, camuflada, tomo notas en mi cuaderno de campo, mido las huellas que han dejado como rastro por donde se dejan ver. Selecciono las fotografías y vídeos tomados con la potente cámara que proporciona la perspectiva del tiempo. En el juego de lentes y espejos se registra o se deforman los gestos, mensajes que se anto-

jan incomprensibles en un entorno social cambiante y que no los entiende.

Me acerco para hallar respuestas: ¿qué papel cumplen las monarquías en el siglo XXI? ¿Tiene sentido una figura institucional que tan solo es representativa? ¿Trabajan para los países que representan o para dar continuidad a sus propias dinastías? Varias preguntas y alguna certeza: algunos de los países más democráticos y con mayores índices de estado del bienestar tienen como forma de gobierno una monarquía constitucional o parlamentaria. Y otra certeza, por más que en las monarquías democráticas de Europa los reyes o reinas reinan pero no gobiernan, la institución incumple el principio democrático de la elección.

La reina Sofía no genera indiferencia. Porque su sonrisa plácida, atenta, y su actitud serena han acompañado a varias generaciones de españoles. La reina que siempre estaba ahí, la mujer silente ante las investidas de la actualidad. La mujer que en los peores momentos de su vida personal mantiene su compromiso en la defensa de la Corona, del medio ambiente o implicándose en la situación de los bancos de alimentos en un momento de gran necesidad en el país. ¿Mujer o reina? ¿Esposa o abuela? ¿Ciudadana comprometida?

En el laboratorio de revelado descubro luces y sombras. El entorno, la historia da profundidad a la pose aristocrática. Una cámara de fotos la ha seguido desde niña. La cámara puede indagar y revelar el alma, penetrar en la mente, adivinar qué esconde una cierta mirada, un gesto, un movimiento leve, el emplazamiento en un posado, la actitud huidiza ante el objetivo o por el contrario el deseo de traspasarlo... Aquí no desvelo secretos de estado ni de palacio ni del hábitat más íntimo. Donde no permiten que entres. Pero anoto sus pisadas largas y cortas, sus rituales y sus cantos otoñales. Porque la realeza se expresa con su propio lenguaje, a través de gestos más o menos explícitos, más o menos evidentes. Apenas conceden entrevis-

tas. Y en ellas, ¿dicen la verdad o recrean la fantasía de su propia vida, de su papel en el mundo? Es necesario descomponer su retórica diplomática para conocerles algo más.

Aprenden a no mirar, pero ¿ven? En su terminología y lenguaje siempre están los conceptos de ejemplaridad, servicio y entrega, sin embargo lo argumentan desde una posición de indudable privilegio que resulta difícil de comprender. Un mundo real al margen de la realidad del mundo. ¿Cómo será la monarquía con las reinas del siglo XXI –si la institución permanece– con las hijas del mestizaje social: Ingrid de Suecia, Amalia de los Países Bajos, Leonor de España o Estelle de Suecia, incluso Elisabeth de los belgas?

En definitiva, *La última reina* nace de un cuaderno de campo que engarza los fragmentos recogidos a lo largo de una vida y su interacción en un contexto histórico. Múltiples miradas que dan forma y reconstruyen un relato idealizado, la puesta en escena de un libreto, la representación del papel que le ha tocado interpretar a esta mujer en el escenario teatral de un trono y de un mundo con la escenografía que proporcionan la historia, la familia y la psiquis. Sofía desde niña quiso que la música inundara su espacio para disfrutar o para esconderse. Y desde la lejanía, percibo risas, sollozos, silencios y sinfonías. Su banda sonora. Lo anoto.

PRIMERA PARTE

LA CONQUISTA DE UN REINO

«Nuestro destino nunca es un lugar, sino una manera de
ver las cosas».

HENRY MILLER

1

LA RÚBRICA

MADRID, 18 DE JUNIO DE 2014

Esperó un instante más frente al espejo. Faltaban algunas horas para encaminarse rumbo al Palacio Real. De fondo, sonaba *Rinaldo*, la ópera de Haendel. La voz de la soprano la ayudaba en el bamboleo de sensaciones que la estremecían esa tarde de junio. En realidad, era un estado de ánimo que la acompañaba en las últimas semanas. Aunque su agenda permaneciese inalterable. Su gesto no denotaba un solo sentimiento adverso, solo de cortesía, de placidez y saber estar. Como siempre, como la habían enseñado que había de comportarse la hija de un rey, como debía actuar una reina.

El canto inundaba los rincones, impidiendo que el silencio exterior invadiera la estancia. Una habitación decorada como marcaban las reglas, sin excesos, sin filigranas. Austeridad regia. Como su alma. Como su propia vida. Necesitaría el empuje de las notas, de la voz, a veces casi un grito; otras, una llamada a la calma, casi un canto espiritual el de Philippe Jaroussky al interpretar el aria «Lascia ch'io pianga» que la ayudaría a realizar el viaje a través del espejo...

E che sospiri... la libertà.

Y qué suspiros... la libertad.

Observó el color de sus ojos. El gris azulado, antaño vivaz, le devolvía un tono velado con escasos matices: muchos

años ya, demasiadas lágrimas vertidas. Demasiadas amarguras apenas compartidas.

El futuro le causaba inquietud, una emoción extraña que ni siquiera había percibido ante la incertidumbre de los comienzos. Cuando trabajaban en equipo. Ahora, todo era tan distinto. No iba a renunciar a sus recursos existenciales, pero la soledad llamaba a su puerta con mayor vehemencia si cabe.

*Lascia ch'io pianga
mia cruda sorte...*

*Déjame llorar
mi crudo destino...*

Fijó los ojos en el cristal, como si se propusiera seguir los pasos de Alicia para comenzar su viaje a través del espejo. «¡El rey ha muerto. Viva el rey!». La frase era como un mantra aprendido en la niñez. Reforzado con enseñanzas y experiencias. De su padre, el rey Pablo, y de su madre, la reina Federica, había aprendido que un rey finaliza el reinado con su muerte. Como Jorge VI, padre de Isabel; como Federico IX, padre de Margarita, o como ocurrió con Harald, nombrado rey de Noruega inmediatamente después de fallecer su padre, Olaf V. Así eran las normas en la institución. Así había sido desde siglos atrás. Así ocurrió entre sus ancestros daneses, ingleses o alemanes. Así fue tras la muerte de su padre: antes incluso del velatorio, con el alma rota de dolor, su hermano Constantino juró como nuevo monarca de los helenos en el palacio real de Atenas ante las autoridades políticas, las de la Iglesia ortodoxa y los poderes judicial y militar. No había lugar para el llanto ni la pena por la pérdida. La tradición no dejaba de tener sentido: un rey muere y de inmediato hay un heredero presto a ceñir su corona, sin tiempo para el ocaso, para la conspiración.

Su marido, el rey, renqueaba, pero estaba vivo, consciente y capaz. Aun así, su hijo sería proclamado rey en breves horas. Juan Carlos I iba a rubricar su abdicación de la Corona de España esa tarde. En el palacio que fue símbolo de la monarquía española, ante la familia, las autoridades del Estado, sus nietas... Con la dolorosa ausencia de Cristina.

A pesar del rigor de su formación, Sofía entendía la excepcionalidad. Un rey muere, sí. Pero un rey defiende la institución por encima de sus deseos y anhelos o debilidades. Habían sido demasiadas las renunciadas, demasiadas sonrisas impostadas, demasiada la entrega, demasiado esfuerzo, mucho dolor y muchas lágrimas vertidas para que en los últimos años él lo tirase todo por la borda. Sí, había motivos serios para la excepcionalidad.

Lamentaba el olvido, lamentaba una de las expresiones de su marido cuando anunció al país la decisión de abdicar el trono: «... Y mi gratitud a la reina, cuya colaboración y generoso apoyo no me han faltado nunca».

Así de simple. Así de injusto. Esas pocas palabras fueron todo el reconocimiento público que le dedicó Juanito –¡extraña le parecía incluso la familiaridad del diminutivo!–. Con tal simpleza resumió su aportación durante los treinta y nueve años que compartieron reinado. ¿Acaso olvidó los previos, los años de trabajo sordo, desconocido, casi secreto que, codo con codo, realizaron ambos para asegurar la Corona desde que unieron su destino en Atenas en el mayo de 1962?

*Cor ingrato, ti rammembri,
e non scoppi di dolor?*

*Corazón ingrato, ¿te acuerdas,
y no estallé de dolor?*

Siempre entendió que la labor de una reina no tiene horarios ni días festivos ni excepciones que no vengan marca-

das por imponderables. Por eso, tras comunicar la abdicación, ella continuó su labor. Con discreción, sin pausa. Incansable, eficaz, como si no pesaran los años. Tan solo los agravios. No había variado su agenda oficial. Con un país revuelto por el resultado electoral, en el que un nuevo partido entraba con brío en el Parlamento Europeo para representar a una nueva sociedad española, sobre todo a los más jóvenes, y más revolucionado aún con la abdicación del rey, ella, la reina consorte de España, había mantenido la disciplina y los compromisos.

Viajó a Nueva York. Intervino en la sesión anual de la junta ejecutiva de Unicef, donde reclamó mayor implicación para defender de las injusticias a los más pequeños. Sofía tuvo palabras de recuerdo hacia las niñas secuestradas en la pequeña ciudad de Chibok, en el noreste de Nigeria, por el grupo terrorista Boko Haram. Más de doscientas niñas de las que ya nadie hablaba.

Fue un discurso emotivo, que finalizó con el mensaje de tranquilidad que la había caracterizado durante todo su reinado. Como si interpretase la frase más famosa del *Gatopardo*, cambiar todo para que nada cambiase: «Todo seguirá igual. La continuidad es con mi hijo, que ya está al tanto de todo. No hay problema con el cambio».

Por la noche, vestida de rojo, recibió un premio: la medalla Path to Peace, creada por la misión de la Santa Sede ante Naciones Unidas. Un reconocimiento para agradecer su compromiso y dedicación al cuidado de los más necesitados. Un premio que ella amplió y dedicó a todo el país del que todavía era la reina consorte.

«Pero, aun así, él no me ve. Tan solo me mira como al resto de los objetos que entorpecen su camino». Ese sentir achicaba un poco más su mirada.

–Majestad, es la hora.

Lanzó una última mirada al espejo. Antes de salir, revisó de un vistazo su colección de cajitas: ordenadas, varipintas, recogían pedazos de vida.

Había elegido con sumo tacto el atuendo de esa tarde. El traje para una ceremonia oficial, alejada del boato, que inauguraba una nueva página de la historia española. El acto solemne cambiaría también su rutina vital. Optó por un vestido con chaqueta de tejido liviano, elegante, más femenino que otros de su guardarropa, en tono suave, gris malva pálido con un cierto aire romántico. El mismo que llevaba aquel día en el que Juan Carlos I la menospreció ante el papa Benedicto XVI y las televisiones de todo el mundo por asuntos de protocolo. Era agosto del año 2011, ese tiempo en el que él solo vivía por ella, por la otra. De aquella jornada tenía congelada en su memoria una palabra: «Ejemplaridad». Cómo olvidar ese discurso ante el papa en el que su marido destacó «la ejemplaridad de conducta». Un marido que solo anhelaba el divorcio.

*Cor ingrato, ti rammembri,
e non scoppii di dolor?*

El 18 de junio de 2014, el sol aún calentaba sobre los adoquines de acceso al Palacio Real. El cielo estaba limpio, brillaba casi. Aunque la fachada oriental ya lucía en sombra.

Les esperaban en el Salón de Columnas. En el recorrido junto a su marido, agarrado a un bastón, convertido ya en compañero inseparable, su hijo, la infanta Sofía y la próxima Princesa de Asturias, se preocupó del protocolo mientras su nuera ejercía a modo de *seño* de un colegio infantil ocupada en que los alumnos no abandonen la fila. Sí, Letizia parecía imperturbable ante el momento histórico que vivían cada uno de los protagonistas de la tarde.

La futura reina perfectamente ataviada, como no podía ser de otro modo, aparentaba una única obsesión, que sus hijas rayaran la perfección, actitud ya habitual. Actuaba con lejanía. Ignorando el cúmulo sentimental que les em-

bargaba, como una invitada de piedra en la foto central. Ajena a la importancia crucial para el futuro de la familia, de la dinastía, de la institución. Al margen de la solemnidad del momento.

Cuatro sillones alineados frente a los más de ciento sesenta invitados a la ceremonia ocupaban la gran sala que antaño sirvió de comedor de gala. La sala elegida más de un siglo atrás para velar el cadáver de la joven esposa de Alfonso XII, la reina María de las Mercedes, muerta a los seis meses de su boda. La sala donde los reyes lavaban los pies y servían la cena a doce mendigos la noche de Jueves Santo. La muerte y la tradición. La humildad, la modestia. Esa tarde, sin embargo, el Salón de Columnas albergaba las secuelas de la lujuria y la avaricia. No obstante, el gesto protocolario y amable de la reina no denotaba sino el rictus complaciente de sonrisa leve que solía brindar al entorno en cualquier acto de carácter oficial.

La silla del rey no era un trono, tan solo algo más alta que las otras tres. En el centro, los dos reyes; ellas protegían las esquinas, como las torres que custodian a la pareja real en un tablero de ajedrez. Acomodada al lado de su marido, desvió la mirada hacia los familiares presentes: las cuñadas, primos, su hija Elena, sus nietas Leonor y Sofía, tan queridas y tan lejanas. El vacío de los ausentes. Ni siquiera podía hacer público el pesar por el hueco que dejaba la segunda de sus hijas.

El documento que sancionaría la abdicación reposaba sobre la mesa de las Esfinges en espera de que él estampase su firma. Era la mesa que servía para rubricar los grandes actos de Estado. Sobre su tablero de piedras de colores también legalizaron la adhesión de España a la Unión Europea en los años álgidos del reinado. Ahora, servía de apoyo a los papeles de la derrota. Entendió el simbolismo de la rica pieza que adquirió el rey Carlos IV, sujeta por seis esfinges, las guardianas de los misterios. La mitología siempre había hallado hueco en sus ansias de

saber. La esfinge griega como alegoría del comienzo de un destino, como representación inexorable de los enigmas. La esfinge que solo podrá ser vencida por el intelecto. Los pensamientos se agolpaban a borbotones mientras transcurría la lectura pausada de los documentos, por eso eligió reflexionar sobre la iconografía de la mesa antes que detenerse a escuchar, de nuevo, esas escuetas palabras con las que el rey reconocía su labor de apoyo a la institución: «Y mi gratitud a la reina, cuya colaboración y generoso apoyo no me han faltado nunca».

Con paso dubitativo, protegido por el bastón, su marido se dirigió hacia la mesa en la que iba a oficializar la cesión de la Corona. Se inclinó levemente hacia la carpeta que contenía los papeles, desenfundó la pluma decidido a sancionar la ley de la renuncia.

No pudo evitarlo. Giró levemente el rostro y con una mirada de infinita tristeza siguió casi a cámara lenta el trazo de la rúbrica que él estampaba sobre la página color vainilla. Cuando Juan Carlos I comenzó a dibujar su inicial, acompañó con los ojos los movimientos lentos de su mano trémula.

Observó cómo escribía con parsimonia cada una de las letras sobre el documento por el que abdicaba la Corona de España que habían compartido, y no pudo, o por una vez no supo, disimular la nostalgia o la pena por que todo terminara de forma tan abrupta, por este forzado final de un reinado que comenzó y transcurrió de modo ejemplar. La historia les juzgaría. Y una tristeza inmensa se apoderó sin piedad de su expresión mientras él legalizaba el fin.

El ceremonial mantuvo un rito ordenado, implacable, hierático. No se mantuvo así el rostro de la reina Sofía durante unos segundos de la tarde del 18 de junio. El ánimo la traicionó al girar el rostro hacia la mesa en la que su marido firmaba la renuncia. Como si en esos breves instantes, Sofía de Grecia, reina de España, viera pasar una película de su existencia: instantes en los que se intercalaban con